

---

Gatti, Gabriel (2011). *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada*. Argentina: Prometeo Libros.

---

Las palabras maniatan a las cosas, cara y cruz de una misma realidad, significante y significante unidos por un hilo indeleble que encadena una palabra a la cosa que representa. Así lo intuimos, pero a veces ocurre que las palabras no alcanzan. Hay materias indecibles, referentes sin palabras que los refieran. Tal es el caso del *detenido-desaparecido* y sus entornos en el Cono Sur latinoamericano, materia que se ha configurado como un verdadero campo de estudio sociológico desde los años setenta. Pero, ¿puede la sociología dar fe de esta realidad ambivalente compuesta de muertes sin cuerpos y cuerpos sin identidad? ¿Cómo contar algo que se niega a ser contado? ¿Cómo se dice lo indecible?

Gabriel Gatti parte del concepto de *catástrofe* para anclar su hipótesis: la desaparición forzada de personas es una *catástrofe*, una herida más profunda que un *trauma*, más duradera que un *evento*. Una “inestabilidad estable: el desajuste permanente entre palabras y cosas convertido en estructura” (Gatti, 2011: 37). Un *colapso* del sentido, la quiebra de la lógica, de los marcos interpretativos que dan consistencia al mundo, lo atrapan, lo etiquetan, lo ordenan. Llegados a este abismo, ningún lenguaje acude al rescate de las cosas, y esta quiebra se consolida. Las palabras no significan, los signos ya no refieren. “La desaparición forzada de personas destroza todo

esto: la identidad civilizada, el lenguaje moderno, la relación entre ambos” (38).

En estos límites del lenguaje se mueve el discurso de Gabriel Gatti. Uruguayo. Sociólogo e *hijo de, hermano de, cuñado de*. Entre estos dos abismos rebota su voz, enunciándose desde un lugar demediado, un “cuerpo zarandeado” por dos discursos que la conforman: el del familiar afectado y el del académico. Gatti asume estos lenguajes como propios y en su ensamblaje, en su decir entre líneas, radica su posicionamiento. Tal vez un lugar ingrato: hablar desde la sangre parece desmontar los viejos andamiajes de la supuesta objetividad del científico; hablar desde la sociología puede generar recelos entre los militantes y afectados. Un lugar marcado, sí, pero, “¿alguien puede realmente decir que no ocupa un lugar marcado en relación a la maquinaria que generó todo esto?”(30).

### La máquina del horror

Cualquier posicionamiento, por aséptico que se proclame, está marcado. La desaparición forzada de personas no fue fruto de los delirios puntuales de unos locos; “no brotó esto, no, del mal absoluto de unos desalmados, ni fue producto de un desmán, de un brote de ira, locura o psicopatía de un grupo de energúmenos” (30). Por el contrario, este horror es el triunfo del proceso modernizador del que formamos parte como individuos-ciudadanos. El horror no es irracional: es la racionalidad del sistema llevada al último extremo en su proceso purificador de la sociedad. Un mal cotidiano, banal, convertido en rutina. La más eficiente herramienta de ingeniería social. Producto local. Patrimonio nacional, “la fabula genuinamente

americana de la clase media como lugar social generalizadamente compartido” (32). La Modernidad haciendo girar sus engranajes, optimizándose al máximo como una verdadera fábrica civilizadora que re-crea el mundo y lo atrapa en su horizonte de expectativas: “la realidad se construye de acuerdo a los modelos para representarla: la ciudad, la sociedad, el mundo mismo... responden a un mapa previo” (39). Y en tanto que individuos-ciudadanos estamos conformados y vivimos mediatizados por estos dispositivos ordenadores. Somos productos modernos, carne de disección biopolítica devorada por esta “voraz maquinaria productora de sentido; solo lo que lo tiene existe, el resto queda sin identidad” (40-41). Lo que no encaja con la quimera de una América reinventada a imagen y semejanza de la civilizada Europa, o de la idea ilustrada que se construyó de ésta, debe ser excluido, arrojado, abandonado a la alteridad de lo que no es.

La desaparición forzada de personas responde a la misma lógica higienizadora de la campaña del desierto impulsada por Roca contra la barbarie. Civilización o vacío. Racionalidad correctora sobre el cuerpo social, sobre los cuerpos individuales. Su misión es “hacer sociedad (...) conforme a la lógica del Estado-nación y del individuo-ciudadano” (44). Estas categorías se alzan como nuestros productores de solidez. “Son nuestra metáfora (...) [y] su búsqueda ordena y coloniza nuestra subjetividad” (44). Gatti se vale de una acertada metáfora hilvanada por Bauman: la cultura moderna es como un *jardín*, un ordenamiento artificial del caos natural que se proyecta a partir de un diseño pre-establecido, gestionado con

estrategias de inclusión-exclusión. Sin embargo, mientras que en Europa el proyecto moderno trataba de sustituir al feudalismo y domesticar lo silvestre con un gobierno ilustrado que ordena, adapta y categoriza el caos natural del bosque, en América Latina se injerta el proceso civilizatorio *ex nihilo*. Los *jardineros* del nuevo continente crean, desde la nada, una instalación que ordene el caos natural de las relaciones sociales, adaptándolas al plan global civilizatorio. Definir un volumen a la ciudad informe, trazar las lindes del jardín y arrancar las malas hierbas.

La *Ciudad Letrada*, señala Gatti en referencia a Ángel Rama, cristaliza en base a una idea, a un plan tan literario como ilustrado; el sueño de un orden construido, “la ejecución de una palabra en época en que la palabra y la cosa empiezan a llevarse bien” (45). Una civilización forjada a golpe de racionalidad, una nueva Europa sin historia, injertada en un continente que se suponía vacío de contenidos. América es el triunfo de las ciudades sobre el vacío; o más aún de la *civilización sobre la barbarie*” (47). El jardinero americano es el encargado de darle brillo a esas grandes palabras, de cumplir las ordenanzas, de ejecutar el plan previsto, y eso implica depurar la maleza, mantener limpio el jardín.

La desaparición forzada de personas se presenta, pues, no como un azaroso infortunio de la historia, sino como herramienta necesaria para la buena gestión de la ciudad civilizada, del espléndido jardín que enmarca la vida de “esa maravilla de la racionalidad” (48) que es el individuo civilizado. Asistimos a un proceso de interiorización de los mecanismos de control, a la construcción del nuevo individuo consciente, en

el contexto de un nuevo orden social, autocontrolado por unas nuevas estructuras psíquicas que lo someten voluntariamente al decoro del orden social que lo contiene. No se pueden pensar las dictaduras del Cono Sur latinoamericano y su consecuencia más extrema, la desaparición forzada de personas, como acontecimientos que contravienen lo que pensamos civilizado. Muy al contrario, representan verdaderas vueltas de tuerca del viejo proceso civilizatorio: el horror como mantenimiento de la máquina, el exterminio purgando los filtros, la tortura engrasando los resortes racionales del sistema. No son breves intervalos de barbarie: “en la hora de los golpes de Estado de los años setenta a lo que asistimos es a la exacerbación de la racionalidad. (...) la desaparición forzada de personas no es barbarie sino que, al contrario, es modernidad exacerbada” (54). La misma obsesión purificadora que la de Roca y la campaña del desierto; el subversivo y el indio encarnan al mismo enemigo; las mismas herramientas de desbroce dan esplendor a las mismas palabras que florecen abonadas por los designios de la razón.

Sin embargo, a pesar de la continuidad con el proceso moderno en perpetuo desarrollo, Gatti observa dos enormes novedades. La primera es la herramienta más productiva del proyecto de disciplinamiento: el *centro clandestino de detención* (CCD), un verdadero grado cero de la biopolítica, donde las palabras son arrancadas de las cosas, los nombres de los cuerpos, las identidades de la historia. Invisibles fábricas de civilización.

La segunda novedad reside en el hecho de que el trabajo civilizatorio se ejerciese, precisamente, sobre el producto más elaborado de la máquina moderna: el individuo civilizado, ciudadano de derecho, ilustrado. La Modernidad purgándose a sí misma, eliminando los frutos más espléndidos de su jardín. Gatti se refiere a esta paradoja como *des civilización*: algo ajeno a la barbarie y próximo al culmen de lo civilizado. La inversión de la máquina, trabajando sobre sí misma; autodisciplinamiento de los engranajes: “civilización a la enésima potencia” (57).

### La narrativa del chupadero

Esta perfecta escisión biopolítica, pertrechada en la oscuridad de los *chupaderos* (CCD), conlleva otra novedad, un nuevo “estado del ser”(63), separado de su nombre, de su conciencia, de su historia, de su ciudadanía. Tras este crac del sentido, no podemos hablar de identidad en términos modernos occidentales. Nuestras estructuras cognitivas no son aptas para pensar una figura sin lugar, sin tiempo, sin cuerpo, sin nombre. La presente ausencia del desaparecido flota en el limbo de lo decible, en la invisible permanencia de lo que no está presente, pero es. El detenido–desaparecido “habita en un espacio impreciso entre la vida y la muerte, en el que se desmoronan dos cosas: la arquitectura moderna de la identidad; la imposibilidad de representar. Hasta tal punto que no hay remedio” (65). Dos verdaderas *catástrofes*.

La primera, la *catástrofe de la identidad*, perpetúa la separación entre las palabras y las cosas: algunos cuerpos anónimos, muchos nombres sin cuerpo. Son tres los *despedazamientos* señalados por Gatti: el que

separa la unión del cuerpo con el nombre que lo refiere y le da sentido, la ruptura del hilo que lo anuda a una *novela familiar* y la quiebra de la relación entre el individuo y la unidad administrativa que le contiene, es decir, el Estado.

La segunda, la *catástrofe de las palabras*. La imposibilidad del lenguaje. Ante esta ruptura de la lógica de la representación, caben dos posturas extremas: apostar por el lenguaje como posibilidad de decir, después de todo, o aceptar su inutilidad ante el desastre. El autor apunta una vía intermedia: repensar nuevos lenguajes para decir lo indecible, nuevas gramáticas construidas para traspasar los límites del lenguaje moderno. Ante las limitaciones del sistema simbólico que ordenaba el mundo, Gatti sugiere “repensar el ejercicio de la representación moderna” (71). El campo de batalla son las palabras. Ahí debe residir el debate.

Un claro ejemplo es la paradoja que atraviesa la llamada *narrativa del chupadero*, conformada por los ex detenidos–desaparecidos, los que regresaron del chupadero sin lenguaje para contar lo que no conocieron: la muerte o, mejor dicho, su imposibilidad. El torturado retorna, el sujeto “abandona el no ser (...). Pero (...) algo se queda ahí, la palabra para hablar de ese lugar. Pues aunque recupera la identidad, y aunque al volver reaparece como sujeto y desaparece como desaparecido, el viaje es de los de peaje elevado: se paga en lenguaje” (75).

Queda patente este complejo lugar de enunciación del ex detenido–desaparecido, del aparecido, del desaparecido reaparecido, del desaparecido que aparece, que busca su nombre

para construir un lugar colectivo de enunciación en el que reconocerse. Con ello, se pretende señalar la llaga o herida abierta desde la que construir un discurso común que fragüe en un testimonio. Testimonio imposible, por otra parte, pues nadie puede dar fe del horror que no ha vivido. Quienes sí lo han hecho, no están aquí para contarlo. Lo que Agamben señala como *la paradoja de Levi* deviene una imposibilidad común al testigo: “la de hablar de algo que bordearon, pero no tocaron” (80). Su posición es la de una carencia, una suplantación; un lenguaje en el que estalla toda presunción de verdad y que habla de la misma imposibilidad de narrar lo inenarrable por excesivo.

Ante esta dificultad para construir un discurso homogéneo, unívoco y objetivo que refiera el horror y sus consecuencias, emergen varias estrategias que tratan de gestionar la catástrofe del sentido en la que viven inmersos. Gabriel Gatti va a centrarse en algunas de ellas, agrupadas en dos grandes tipos: *narrativas del sentido* y *narrativas de la ausencia de sentido*.

### Ordenar la catástrofe. Narrativas del sentido

Bajo este epígrafe se reúnen las iniciativas que aspiran a una posible sutura de la herida, a la reconstrucción de esta quiebra, a la recomposición del sentido devastado por el horror. Siendo aún las narrativas todavía dominantes, es propia de los periodos de transición y desea la reparación inmediata. En cierto modo, soldar las conexiones sesgadas, adherirse al orden de la historia y re–construir una memoria hecha añicos. Colmar vacío con verdad, justicia y memoria; rescatar al detenido–desaparecido del limbo en el que se suspende.

Sin embargo, se corre el riesgo de confundir memoria con verdad objetiva. A pesar de que exorcizar el *horror vacui* es ético, justo y necesario, el hecho de recubrir de sentido los vacíos puede llegar a *desnaturalizar* la figura del detenido-desaparecido, a dotarlo de un aura mitificada, a catalogar su memoria pensándola como un ente íntegro, completo, sin fisuras, “desvirtuando la desaparición y sus consecuencias, es decir, integrándolas en un relato, haciendo de ellas serie, hito, punto de paso de una cadena que les da sentido. Representándolas y situándolas en el tiempo. Pero si la catástrofe se elabora, deja de serlo”, catalogando lo innombrable en los cajones de los referentes normativos modernos.

Cuatro son las prácticas que Gatti señala como ejemplos de esta *narrativa del sentido*. La arqueología, la primera de ellas, pretende la reconstrucción de un sentido derribado, erigir monumentos a la memoria. El sociólogo rescata el concepto de *ruina*, una moderna catástrofe cuyo sentido es la propia ausencia de sentido; algo que ya no es, pero tampoco es otra cosa. Ante el interrogante que abre este vacío lleno de lo que fue, los arqueólogos pretenden erigir con los cascotes del derrumbe una continuidad, una resurrección en piedra de la identidad, la historia, el lenguaje. Simulacro de la unidad perdida. Reelaboración de algo que nunca estuvo: el sentido. La memoria espectacularizada, monumentalizada, convertida en recorrido turístico. Reconstrucción de espacios significantes que nunca significaron otra cosa que la ausencia de sentido. Y ahí reside el riesgo de la arqueología: escamotear al CCD su verdadero significado como vacío de sentido, como la

ausencia de toda lógica: “la sobreexposición al sentido esquiva decir lo que el centro clandestino de detención también fue, un lugar donde fracasó la representatividad misma” (92), un lugar donde las palabras y las cosas dejaban de ser las dos caras de la misma moneda.

El mismo objetivo persigue el trabajador de los archivos públicos: elaborar una coherente descripción de los hechos, otorgar una lógica al desastre, ordenar la catástrofe, dotarla de sentido y cohesión. En palabras del autor, *limpiar las tripas del monstruo*. Pero corren el mismo riesgo de eclipsar el verdadero significado del vacío: la ausencia de sentido: “¿deben ordenar el material de acuerdo a criterios bibliotecarios o procurar mantenerlo en su estado actual, mostrar su lógica, aunque ésta no sirva para obtener datos útiles para enjuiciamiento alguno?” (101). Es más, cabría preguntarse por los modos de gestionar el archivo: con la sensibilidad del que trata con el horror o con la frialdad del administrativo; evidenciar las tripas del monstruo o limpiar sus interiores.

Pero el cuerpo también es un edificio devastado que reconstruir, un archivo cuyo orden y lenguaje hay que desentrañar. En eso están los antropólogos forenses, rearmando cuerpos, dotándolos de sentido, de historia, de nombre, de familia; “reasociando lo que fue retaceado” (112). Sus esfuerzos se encaminan a la construcción de una *política del equilibrio* que provea de pruebas a la justicia, de evidencias a la opinión pública, de verdades a los familiares. También a una *política de conservación de lo que es*, negando la ruptura, restándole valor permanente a la brecha.

En el mismo sentido trabajan los psiquiatras, enmendando las psiques cercenadas por *el trauma*. Su misión es recomponer el equilibrio, negar el vacío que queda tras la catástrofe. En contrapartida, y éste es el riesgo que se corre, el campo del detenido–desaparecido y afectados tiende a encorsetarse, delimitado por lo que Gatti llama profesionales de lo Psi. El individuo moderno, reflexivo, consciente, autocontrolado, vuelto hacia sí mismo, convertido en carne de diván, debe re–insertarse en continuum de normalidad, en la *novela familiar*, para disipar la niebla del *duelo no resuelto* y volver al estado prediluviano de las cosas, restaurar el sistema y reiniciar en modo normal. Gatti, refiriéndose a Madres de Plaza de Mayo y a la agrupación H.I.J.O.S., señala el carácter grupal y solidario de estos colectivos de afectados y su labor edificante, sustitutiva, engendradora de sentidos secuestrados a la historia, reintegradora de una identidad perdida. En ese sentido, el trabajo sobre la psique de estas agrupaciones incide en disolver la misma herida generalizada reconstruyendo el hilo filial, con la firme convicción de que un *trauma* recurrente se estandariza en los diversos duelos particulares, de que el linaje familiar exorciza los monstruos internos.

Un caso particular en estas *narrativas del sentido*, por lo elaborado de su discurso y su aceptación social, es el de Abuelas de Plaza de Mayo, quienes ya han recuperado alrededor de cien niños apropiados. Su presencia en la opinión pública legitima su elaboración de la idea de *identidad* “asociada a viejos sustantivos (familia, origen, verdad, genética, biología...) algunos de ellos teñidos de tonalidades

conservadoras”(127). La *identidad* con todos sus lastres de racionalidad y civilización, de nombre, territorio e historia. Y esa búsqueda de solidez identitaria pasa por la ecuación que la iguala a la genética. El ADN no miente. Es cierto. Pero corremos el riesgo de negar que la *identidad* es también construcción cultural, simbólica, algo que va más allá del lazo biológico. Igual con el *parentesco*. La búsqueda de estas abuelas desposeídas se transformó en una “política de la identidad que se articuló sobre la definición más conservadora posible de ésta: LA IDENTIDAD ES LA PRESERVACIÓN DE LO QUE ES. A partir de ahí, toda definición de identidad sensible a la labilidad de ésta (la del juego con los géneros, la de la flexibilidad de los nombres, la de la ambigüedad de los territorios, la de la paradoja y el cambio...) es expulsada al territorio de las ideas equívocas” (134), una práctica tan del gusto de la Modernidad. Identificando la identidad con los genes, corremos otro riesgo: limitar la identidad del detenido–desaparecido a lo que fue, no a lo que se es: una seudoidentidad, un vacío irreparable tras la catástrofe. Cabe, pues, plantearse si acaso no existe la *identidad* sin orígenes férreos, sin territorio o historia; si no es posible construir *identidad* a partir de otros materiales; si no hay más *identidad* que esa re–insertada en la memoria de quienes encuentran en una caja retazos de su historia familiar<sup>1</sup>.

### Narrativas de la ausencia de sentido

A pesar de constituir un grupo de prácticas minoritarias, en estado embrionario y en permanente reconstrucción, Gatti trata de poner en valor una serie de respuestas al tedio traumático, a la estabilización identitaria, a la

institucionalización y museificación de la memoria que establecen su lugar de enunciación en el seno mismo de la catástrofe. Asumen el vacío, hablan desde él. Lo habitan, lo transforman, le dan un nuevo aire más diáfano y luminoso. Dan nuevos bríos al campo que los constituye, hablan con otras voces, con unos paradigmas simbólicos más flexibles derivados de una “experiencia normalizada de la catástrofe. (...) reconocen que la catástrofe no es ya solo evidente, sino que ha constituido mundos, identidades, lenguajes, que *la catástrofe se institucionalizó como un lugar estable y habitable*” (147). Las palabras son el campo de batalla, pero ya son otras armas, otros lenguajes con que se construyen otras realidades, otros los discursos con las que se gestiona la ausencia. Otra la textura de estos discursos: más porosa y menos unitaria; más híbrida y menos determinada por la vieja lógica civilizatoria; más poliédrica y menos panóptica.

Tres son las *pistas* que Gatti rastrea dentro de este nuevo paradigma: una en la representación artística del vacío, otra en los profesionales de la búsqueda del sentido y, finalmente, en la visión paródica de algunos *huerfanitos* con ganas de joda.

¿Y si se parte de la imposibilidad de representar una realidad tan irreal, una materia tan esquiva? Se generan así nuevas gramáticas, más intuitivas que rigurosas, más reflexivas que sistemáticas. El arte abre otras vías para expresar lo irrepresentable, para decir desde la herida abierta; el arte del muñeco roto, construcción desde las ruinas, manifestaciones de lo que se es que se revuelven en los escombros de la

catástrofe. Los restos del naufragio son el caldo de cultivo de algunas prácticas artísticas que apuestan por el *deslenguaje*. Tal vez un lenguaje sesgado, fragmentado, agramatical, vaciado de sentidos unívocos, sea la clave para dar fe de una experiencia que responde a la misma fractura, al mismo exceso, al mismo colapso. Renunciar al andamiaje identitario; atravesarlo con otras voces, con otros discursos. La figura del detenido–desaparecido aparece como lo que es: algo indecible, informe, retales de sentido deshablado con un lenguaje en retales.

Son diversos los exponentes de esta gramática de lo irrepresentable: el grupo de artistas argentino *Escombros, artistas de lo que queda*, reutilizando los desechos simbólicos y mediáticos de la sociedad contemporánea; el chileno Gonzalo Díaz superponiendo a fotografías de familia artículos del código civil de su país que aluden a la desaparición de cuerpos en catástrofes; el también chileno Carlos Altamirano, intercalando viejas e inquietantes fotocopias en blanco y negro en una serie de fotografías actuales representando escenas tranquilas; *Los rubios* (2003) de Albertina Carri o *M* (2007) de Nicolás Prividera, en el ámbito cinematográfico... Cabe destacar, además, el proyecto de *Monumento a las víctimas del terrorismo de Estado* para el Parque de la Memoria en Buenos Aires, que abre una herida en la piedra como símbolo del desgarramiento, del seísmo cuyo epicentro es el propio sentido. En todas las disciplinas, se manifiesta un lenguaje desgarrado, herido, roto, dialógico, imbricado, compuesto de recortes, superposición de realidades precarias. Una verdadera *poética de la crisis* que, como afirma Nelly Richard, “en lugar

de suturar las brechas dejadas por tantos vacíos de representación con una discursividad reunificadora de sentido (...) reutiliza cortes y fisuras, discontinuidades y estallidos” (Richard 2007: 150)<sup>2</sup>.

En la segunda de las pistas aportadas por Gatti, encontramos a los profesionales del sentido y de la gestión de memoria volviendo su mirada hacia nuevas perspectivas más caleidoscópicas. Acechados por la desnaturalización de sus objetos de estudio, desposeídos de categorías totalizantes como identidad o memoria, optan por despojarse del *trauma* y explorar nuevos campos de trabajo: nuevas variables de lo Psi; nuevos sentidos arqueológicos en las ruinas de los CCD en tanto que espacios despojados de toda lógica, exhibidos como el derrumbe que son y representan; nueva conciencia de los archiveros de su imposibilidad de construir un Gran Archivo equiparable a la biblioteca total borgiana, inspirados por la nueva certeza de que hay hechos cuya única prueba tal vez sea un lenguaje no escrito ni archivado; una nueva tipificación jurídica para un tipo delictivo autónomo, la *desaparición forzada de personas*, definida por la ausencia de pruebas, de autores, de víctimas, en un contexto donde la única regla es el estado de excepción sistematizado que trasciende cualquier razón jurídica.

La tercera pista por la que Gatti nos anima a transitar es la de los *huerfanitos paródicos*, los *Hijos de* habitando el vacío que se abrió para quedarse. Acostumbrándose al síntoma, gestionando la ausencia, injertándose en la herida que no cierra. Conscientes de que no son lo que deberían haber sido, de que no encajan en la

sutura, en los clichés de la memoria que trata de re-construirlos en base a modelos estandarizados, estos *huerfanitos paródicos* aceptan su condición con la convicción de que es posible la identidad en esas condiciones.

Prueba de esta nueva sensibilidad es la novela *Los topos* (2008), de Félix Bruzzone, en la que el narrador se enamora de un travesti. Ambos, hijos de desaparecidos, planean asesinar represores. Con esta trama se apunta a una nueva vuelta de tuerca en las narrativas del detenido-desaparecido: *la desaparición después de la desaparición* o, como los llama el propio Bruzzone, los *neodesaparecidos* o *postdesaparecidos*, figuras en las que subyacen nuevas identidades trazadas con pincel paródico. Incorporar la imposibilidad a la propia experiencia cotidiana, huir del discurso fosilizado que petrifica la memoria y embellece la historia con palabras huecas y relucientes, con héroes muy buenos y víctimas muy dolientes. Construcciones. Ficciones tranquilizantes. Sin embargo, existen nuevas estrategias para narrar lo inenarrable, para decir lo indecible. La propia imposibilidad como materia, como un gesto de rebeldía que sostienen los *huerfanitos* ante la cosificación del trauma. Desacralizar el mito y la gloria, normalizar la catástrofe: “a mí no me interesa que haya remeras con la cara de mi viejo” (193), comenta un *Hijo de* en una entrevista citada por el autor.

Uno de los muchos méritos que atesora este estudio de Gabriel Gatti es el de englobar esta tendencia a la parodia y al distanciamiento en un proceso global de descaro y sustitución de antiguas formas de representación simbólica, en un “movimiento general de cuestionamiento de



las formas clásicas de hacer y de pensar el sentido, la acción y la identidad” (180). De este modo, se colectiviza la carencia de los subalternos, los excluidos, los que residen en una posición precaria: “los refugiados, los bandidos, las exiliadas, las jóvenes, los desplazados, las parias, las precarias, las fugadas, los transexuales, las desocupadas, las iniciadas, los perdidos, los aprendientes... en fin, los monstruos, muchos, de la identidad y de la vida social (...) forman parte del mismo colectivo, el de las *figuras de identidad límite*” (180-181). Individuos marcados habitando lo abyecto; viviendo en lugar invivible; haciendo de su estigma su bandera, de su herida una refundada identidad que enarbolar. Creando una comunidad basada en compartir la vulnerabilidad de su posicionarse en el mundo habitando una ausencia cotidianamente, gozosamente viviendo en la no normalidad, de lo *outsider*, de lo raro.

Estos llamados por Gatti *bastardos inapropiados* aceptan su bastardía, se distancian de su origen, gozan del síntoma. Se permiten, en un gesto generacional, rebelarse ante los designios paternos, ante la impuesta bondad y la gloria heredada sin gusto. Se liberan del peso de su linaje. Escamotean un discurso desgastado a base de repetirlo y se valen del humor negro, de la ironía, de la construcción paródica de su mundo, conscientes de que toda identidad es una ficción. Tal vez por ello extreman una actitud creativa, regeneradora, sarcástica, llena de vida y esperanza renovada: una victoria ante el *horror vacuú*.

Otro de los méritos de Gatti es señalar la transnacionalización del concepto de detenido-

desaparecido, universalizado desde las dictaduras del Cono Sur latinoamericano. Se globaliza, de este modo, una figura a la que van a recurrir muchos afectados de todo el mundo para, al menos, dar un nombre a su problema. Tal es el caso de los movimientos por la recuperación de la memoria en el caso de la Guerra Civil Española. Igual en Bosnia-Herzegovina, en Irak, en El Salvador... En todos estos países se toma como referencia el marco jurídico y simbólico que gira en torno al detenido-desaparecido, especialmente en Argentina.

El tercer logro que debemos reconocer en Gabriel Gatti es la coherencia a la hora de ensamblar diversos lenguajes para construir una investigación sociológica de este calibre. Primeramente posicionándose en sus *zapatos*, como el mismo afirma: las arenas movedizas que se mueven entre lo emocional y lo científico, participando de ambas sensibilidades, creando un texto lanceteado, atravesado dialógicamente por los discursos a priori confrontados que lo transitan: el propio y el académico, el del sociólogo y el del *Hijo de*. Un texto herido por interjecciones de dolor o espanto, por alusiones a su estado de ánimo, enunciados en primera persona que dan fe de su parcialidad. Y de la nuestra: este trabajo representa una continua interpelación al lector, un reclamo de responsabilidad y conciencia ante la maquinaria de lo civilizado. Un texto poco ortodoxo que trabaja con materias tan diversas como las vivencias personales o los contenidos objetivamente sociológicos, la entrevista, la carta, la fotografía, el afiche. Especial atención merecen las continuas irrupciones de fragmentos del *Diario de campo* del autor, en donde sus

reflexiones e intuiciones íntimas ilustran el devenir del texto y marcan una gestión emocional en su composición.

En resumen, un libro inequívocamente marcado por la pretensión explícita de encontrar un lenguaje nuevo con el que enunciarse, con el que hablar de una (ir)realidad fragmentada, quebrada, irremediablemente catastrófica, diversa. Un lenguaje ecléctico y disperso para contar un mundo hecho añicos, tartamudear el vacío, contar lo indecible con otras palabras y otras formas de decir inacabadas. “Un lenguaje para lo imposible”, para contar la imposibilidad de contar cuando las palabras ya no alcanzan y se rompe la cadena que solía unir las palabras a las cosas...

DOI: 10.7203/KAM.3.3759

XIMO GONZÁLEZ MARÍ

---

1 En el Archivo Biográfico Familiar impulsado por Abuelas de Plaza de Mayo, se guardan las entrevistas a familiares de hijos apropiados.

2 Richard, Nelly (2007). *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*. Buenos Aires: Siglo XXI: 150.